

minutos nos estaba atisbando y escuchaba nuestra conversación. Tendría V. que avergonzarse. Está V. celosa de esa niña y se jacta V. delante de ella de saber bailar y tocar el piano. ¡Qué vergüenza! Contaré eso al príncipe.

Katia se puso como una amapola.

—Es un mal sentimiento, continuó la señora Leotard. V., con sus preguntas, ha ofendido á Netotchka, cuyos padres carecían de bienes de fortuna y no podían por esta razón darle maestros. Netotchka aprendía sola porque era discreta y tenía buen corazón. En vez de buscarle V. querella debería V. quererla. ¡Es vergonzoso! ¡Es vergonzoso! A V. le consta que Netotchka es huérfana, que está sola en el mundo. ¿Porqué no añade V. que es V. princesa y ella no? La dejo á V. sola; medite sobre lo que acaba de decirle y procure corregirse.

IX

Katia reflexionó por espacio de dos días, durante los cuales no rió ni dió voz alguna.

Por la noche, al despertarme, la oía continuar en sueños su discusión con la señora Leotard; y adelgazó un poco y perdió algo el color. Por fin al tercer día nos encontramos en uno de los salones, en el instante en que ella salía de la habitación de su madre.

La princesita, al verme, se detuvo y se zentó delante de mí, que me detuve atemorizada y temblorosa en espera de lo que iba á pasar.

—Netotchka, dijo por fin la princesita, ¿porqué me han regañado por culpa de V.?

—No es por culpa mía, Katenka, contesté apresurándome á disculparme.

—La señora Leotard dice que la he ofendido á V.

—No me ha ofendido V., Katenka.

La princesita encogió los hombros en señal de perplegidad y guardó silencio; luego añadió:

—¿Porqué llora V. pues?

—Si V. así lo quiere, no lloraré, dije al través de mis lágrimas.

—¿Lloraba V. antes? exclamó Katia en-

cogiendo los hombros. Y al ver que yo guardaba silencio, prosiguió:

—¿Porqué continúa V. viviendo en nuestra casa?

Yo la miré con estupefacción, como si me hubiesen herido en mitad del pecho, y llamando á mí todas mis fuerzas, susurré:

—Porque soy huérfana.

—¿Quiere decirse que V. tenía papá y mamá?

—Sí.

—¿La querían á V.?

—No... sí, contesté con tartamuda lengua.

—¿Estaban pobres?

—Sí.

—¿Mucho?

—Mucho.

—¿Nada le enseñaron á V.?

—A leer.

—¿Poseía V. juguetes?

—Ninguno.

—¿Comía V. dulces?

—No.

—¿Cuántos poseatos tenía V.?

—Uno solo.

—¿Un solo cuarto?

—Sí.

—¿Y criados, tenía V.?

—En casa no los había.

—¿Quién les servía á Vds. pues?

—Yo misma iba á la compra.

Las preguntas de la princesita me desgarraban el corazón. Los recuerdos que aquélla evocaba en mí, su asombro, me ajaban, me ofendían y me lastimaban, y los sollozos me anudaban la garganta, y temblaba de arriba abajo.

—Debió de contentarla á V. el venir aquí, á vivir con nosotros, prosiguió Katia, que al ver que yo no contestaba, añadió:

—¿Tenía V. hermosos vestidos?

—No.

—¿Uno y malo?

—Sí.

—Lo ví; me lo mostraron.

—Entonces ¿por qué me lo pregunta V.? dije creciendo mi indignación y levantándome. Y ruborizada de cólera, añadí: ¿Por qué me lo pregunta V.? ¿Por qué se burla de mí?

Katia se sonrojó y también se puso en pie; pero represando encontinentemente su turbación exclamó:

—No me burlo de V. Sólo quería saber si sus padres de V. estaban pobres.

—¿Por qué me interroga V. sobre el particular? dije llorando. ¿Por qué me interroga usted de esta suerte? ¿Qué le han hecho á usted mis padres?

Katia se quedó corrida, sin saber qué contestar.

En esto entró el príncipe; el cual al ver mis lágrimas, me preguntó qué me pasaba.

—¿Qué te pasa, Netotchka? repitió aquél, mirando á Katia, que tenía las mejillas hechas un ascua. ¿De qué estabais hablando? ¿Por qué habéis reñido? ¿Por qué estás enojada, Netotchka?

Atragantada mi voz, cogí la mano al príncipe y se la besé cubriéndosela de lágrimas.

—Katia, dime la verdad, profirió el príncipe. ¿Qué ha pasado?

—He dicho, contestó la princesita, incapaz de mentir, que había visto el pobre vestido que ella llevaba en casa de sus padres.

—¿Quién te lo ha mostrado? ¿quién se ha atrevido á mostrártelo?

—Nadie, lo ví por casualidad, contestó Katia con firmeza.

—Está bien. Ya sé que no denunciarías á persona alguna. Te conozco. ¿Qué más ha pasado?

—Netotchka se ha echado á llorar diciendo que yo hacía burla de sus padres.

—¿Luego te has burlado de ellos?

Por más que, en realidad, la princesita no se había burlado de mis padres, al punto había yo calado que tal era su intención; y como aquélla guardaba silencio, quedaban confirmadas mis sospechas.

—Pídele perdón inmediatamente, dijo el príncipe con voz de mando y señalándome con el dedo.

La princesita se puso blanca como una sábana, pero no se movió.

—Haz lo que te digo, profirió el príncipe, afirmando todavía más la voz.

—No quiero, contestó Katia en voz baja, pero firmísima.

—¡Katia!

—No quiero, no quiero, exclamó la princesita despidiendo rayos por los ojos y pateando el suelo. No quiero pedir perdón, papá. Netotchka no me gusta, no quiero vivir con ella. No me tengo yo la culpa. Se pasa todo el día llorando. No quiero, no quiero.

—Vente conmigo, profirió el príncipe, asiendo del brazo á su hija y llevándosela á su gabinete, mientras me decía á mí que me volviese á mi cuarto.

Mi primer impulso fué derribarme de rodillas á los pies del príncipe y pedirle perdón por Katia, pero aquél repitió con severidad su mandato y me fué helada de terror, medio muerta.

X

Una vez en mi cuarto me eché en la otomada, me tapé la cara con las manos, y conté uno á uno los minutos esperando con impaciencia á Katia, á cuyos pies quería arrojarme.

Por fin llegó la princesita, y pasando

junto á mí sin proferir palabra, fué á sentarse en un rincón.

Katia tenía los ojos enrojecidos, é hinchadas por las lágrimas las mejillas.

Desvanecidas mis resoluciones, asustada, puestos en ella los ojos y guardando una inmovilidad de estatua, me acusaba yo á mí misma y me esforzaba en persuadirme de que toda la culpa estaba de mi parte. Mil veces sentí ímpetus de llegarme á Katia; y otras tantas me refrené por no saber cómo me recibiría. De esta suerte pasó un día, y luego otro, al fin del cual la princesita se puso más alegre é hizo rodar su aro al través de la habitación. Con todo, pronto cesó en sus juegos y se ovilló en un esconce.

Antes de acostarse, Katia se volvió repentinamente hacia mí, y aun se me acercó dos pasos y entreabrió los labios para decirme algo, pero no profirió palabra y se encaminó á su cama. Trascurrió otro día, y la señora Leotard, admirada, le preguntó porqué obraba así, y si se había puesto enferma para haberse sosegado repentinamente de tal suerte.

Katia contestó evasivamente, y cogió su volante, pero apenas la señora Leotard hubo desaparecido, se puso sumamente encarnada, se echó á llorar, y salió disparada del cuarto para que yo no la viese. Por fin, tres días después de nuestra rifa, se llegó á mí y me dijo tímidamente:

—Papá me ha rogado que te pidiese perdón. ¿Quieres perdonarme?

Al oír tales palabras, le cogí presurosa las manos, y con voz sofocada por la ternura le contesté:

—De todo corazón.

—Papá también me ha ordenado que te diese un beso. ¿Quieres que nos besemos?

Por toda respuesta le besé las manos, inundándoselas de lágrimas.

Al mirar á la princesita noté en ella movimientos extraordinarios. Los labios y la barbilla le temblaban, y se le arrasaban los ojos; pero poco después se rehizo y por su linda boca vagó una sonrisa. Luego, en voz baja y como hablando consigo misma, profirió:

—Voy á decir á papá que te he besado y

pedido perdón. Tres días hace que no lo he visto, pues me prohibió que entrase á verlo mientras no lo hubiese obedecido.

Dichas estas palabras, la princesita tomó escalera abajo, trémula é imaginativa, temerosa del modo como la recibiría su padre; pero una hora después, se oyó ruido arriba, y resonaron voces y risotadas, y los ladridos de Falstaff, y algo se rompió, y rodaron libros por el suelo, y roncó el aro por las baldosas. Katia había hecho las paces con el príncipe.

Mi corazón se estremeció de gozo. Sin embargo Katia como si evitase dirigirme la palabra, pero en desquite me cabía la gloria de excitar poderosamente su curiosidad.

Con frecuencia y para inspeccionarme, la princesita tomaba asiento delante de mí, y sus inspecciones eran cada vez más naturales. En una palabra, la niña mimada y suelta á quien todo el mundo halagaba y acariciaba como un tesoro, no acertaba á comprender porqué me encontraba yo en su camino, cuando ella no tenía el más re-

moto interés en encontrarme en él. Pero Katia alentaba un corazoncito bondadoso, siempre dispuesto á volver á la buena vía, guiada por el instinto de su generosa naturaleza. El príncipe era quien mayor influjo ejercía en Katia, á quien adoraba. Su madre la amaba con locura, pero la trataba con gran severidad. Al lado de ella había la princesita aprendiendo á ser testaruda, orgullosa y obstinada. Ello no obstante Katia soportaba todos los caprichos y aun diré la tiranía de la princesa, la cual tenía formado un concepto singularísimo de la educación; de ahí que la de Katia ofreciese las más extrañas alternativas de libertad absoluta y de rigor excesivo. Lo que ayer le consentían, hoy y sin razón se lo prohibían; así es que el espíritu justiciero de la niña se sublevaba... Pero ya volveré á hablar de eso; lo único que haré notar aquí, es que la princesita sabía variar de actitud según se las había con su padre ó con su madre. Con aquél se mostraba natural, franca, expansiva y sincera; con ésta, todo lo contrario: disimulada, recelosa, obediente á la fuerza,

no por persuasión. Por lo demás, tócame decir en loor de mi Katia, que llegó á comprender á la princesa, y se sometió á ella al imbuirse de la grandeza de un amor maternal que á las veces lindaba con el desatino. La niña tenía generosamente en consideración este exceso.

Con todo, yo no comprendía lo que en mí pasaba: un cúmulo de sensaciones inexplicables me sacudían el espíritu. Por fin y después de muchos sufrimientos y de muchas reflexiones, me ví obligada á reconocer que estaba enamorada de mi Katia.

Sí, lo que yo sentía por ella era amor, con lágrimas de gozo y de amargura, un amor apasionado. ¿Qué me atraía hacia ella? ¿Qué había dado vida á tal efecto? Lo ignoro; lo único que puedo decir es que verla y amarla fué todo uno, que me causó una impresión deliciosa: el aspecto de aquella niña, hermosa como un ángel. Aun sus defectos no la desmerecían á mis ojos, pues no derivaban de una imperfección de su alma, sino de su mala educación.

Todos la admiraban y envidiaban, y qui-

zás esta admiración le había viciado el carácter.

Cuando las dos salíamos juntas á paseo, los transeúntes se detenían para mirarla más atentamente.

Katia parecía haber nacido para disfrutar, así como yo parecía destinada al llanto.

El defecto capital ó quizá la cualidad mejor de mi princesita era el orgullo. Tenía Katia un amor propio *sui generis*. No la incomodaba la contradicción, pero la sorprendía, por tan superior se tenía á todo. Érale difícil admitir que pudiese alguna vez estar de su parte la sinrazón; pero si le demostraban que lo que se proponía hacer era injusto, se sometía inmediatamente.

Si de buenas á primeras Katia no fué para mí la amiga que yo habría deseado, me lo explico atribuyéndolo á una antipatía natural ajena á todo raciocinio.

XI

Nuestras lecciones continuaron como antes, pero de entonces más la princesita se

fijó poco en mí. Los cumplidos que me dirigían respecto de mi buen carácter y de mi talento, ni siquiera tenían ya el dón de mortificar su amor propio.

A Falstaff no le gustaban las caricias de nadie, y parecía serle indiferente todo el mundo.

Tratado por todos con una especie de temor respetuoso, el perro aquel tenía también su historia.

Cierto día el príncipe, al regresar de paseo, trajo consigo un perrillo de mala muerte, más feo que el diablo y de aspecto misérrimo. Sin embargo era un perro de casta. Ahora bien, como la familia se hallaba en el campo, sucedió que el hermano de Katia, el pequeño Sacha, jugando dió con su cuerpo en el río. La princesa, que estaba presente, loca de dolor, intentó seguir á su hijo, con tal ímpetu que apenas pudieron detenerla. Sacha, arrastrado por la corriente, se sostenía en la superficie del agua tan sólo por su vestido.

Desamarraron un bote, pero por más diligencia que pusieron en la operación, ab-

sorbió tiempo. De improviso un corpulento alano se precipitó en el agua, cortó la corriente con gran empuje, alcanzó al niño y lo trajo á la orilla.

La princesa cubrió de besos al animal, aun chorreando agua mezclada con barro.

Falstaff, que á la sazón llevaba el prosaico y plebeyo nombre de Friksa, no soportaba, como dije, ninguna caricia; así es que correspondió á las de la princesa dándole una dentellada en el hombro.

La princesa conservó toda su vida la cicatriz de aquel mordisco, pero no dejó de quedar eternamente agradecida al perro.

El cual fué desde entonces el huésped mimado de la casa, y bautizado por el príncipe con el nombre de Falstaff, en atención á su voracidad y á su desaforada glotonería. Lo limpiaron, lo alimentaron á su gusto y aun le dieron una piel de oso para que se echase en ella. En una palabra, Falstaff había pasado á ser el perro más feliz del mundo; pero su carácter, de suyo taciturno, no varió con su nueva condición: continuó siendo indiferente á los halagos

y no hizo caso de su precioso collar de plata.

Pronto el can se volvió perezoso y no gustaba de que los importunos lo turbasen.

Katia á veces molestaba á Falstaff para distraerse, y esto lo hacía cuando no podía desahogar en persona alguna su mal humor. Además, la indiferencia del perro la exasperaba; no podía soportar que en la casa hubiese un sér que no reconociese su autoridad, que no se inclinase ante ella, que no la amase; y como todo eso á Falstaff le tenía muy sin cuidado, continuaba encastillado en su arrogancia.

Cierto día, después de comer, y mientras la princesita y yo estábamos en el salón grande, el alano se echó en medio de la estancia para digerir perezosamente su copiosa comida. Aquel fué el instante que eligió la princesa para reducirlo á la obediencia. Katia cesó de jugar, y andando de puntillas, prodigando á Falstaff los nombres más carifiosos y atrayéndole por medio de señales, avanzó hacia él con precaución. Falstaff desde muy lejos mostró los dien-

tes. Katia se detuvo; su proyecto era llegar se al perro y acariciarlo un poco, lo que aquél únicamente consentía á la princesa. Tal tentativa encerraba un peligro real, pues el perro no era para dejarse imponer y podía muy bien morder la mano á la niña ó despedazarla si así se le antojaba; eso sin contar que el alano era fuerte como un tigre.

Yo, llena de zozobra y aterrorizada, seguía de lejos todos los movimientos de Katia, y en vano le rogué que dejase en paz al perro; ni los aguzados colmillos del animal la hicieron desistir de su idea.

La princesita, juzgando que no podía atacar de frente al can, lo hizo por el flanco.

Falstaff no hizo movimiento alguno.

Katia describió un nuevo círculo más pequeño, y otro más pequeño todavía, y al llegar á la distancia que Falstaff juzgó respetuosa é infranqueable, mostró otra vez los dientes.

La princesita, despechada, dió con el pie en el suelo y se alejó, pero diez minutos después inventó una nueva aflagaza. Se fué

y tornó con una provisión de panecillos y tortas: variaba de táctica. Falstaff, que probablemente no tenía hambre, no hizo caso alguno, ni siquiera volvió los ojos hacia el trozo que le arrojaron, y cuando Katia llegó otra vez al límite que él juzgaba inviolable, el perro manifestó una oposición más viva que no lo había hecho anteriormente, quiero decir que levantó la cabeza, mostró los dientes, gruñó sordamente é hizo un ligero movimiento como para embestir. La princesa se ruborizó de cólera, arrojó la torta y tornó á sentarse. Katia, agitadísima, daba con el pie en la alfombra, de puro encendida se puso como la púrpura, y derramaba lágrimas de indignación. Por desgracia me miró, y poniéndose todavía más encarnada, se levantó de la otomana y se encamió resueltamente en derechura al terrible alano, en el cual la estupefacción produjo indudablemente un efecto extraordinario.

Falstaff dejó que el enemigo violase la temible línea, y aguardó á que la insensata princesa llegase á dos pasos de él para lan-

zar un gruñido siniestro. Katia se detuvo momentáneamente, sólo momentáneamente, después continuó avanzando con decisión. Yo me crispaba de espanto. La satisfacción del triunfo brillaba en los ojos de la princesa, excitada hasta la demencia. ¡Qué escena aquella para un cuadro! Katia arrojó con valor la enfurecida mirada del perro, el cual se levantó gruñendo; como la imprudente hubiese avanzado un paso más, no había remedio para ella; pero Katia le pasó orgullosamente la mano por el lomo y le hizo dos ó tres caricias. Por espacio de algunos segundos el alano estuvo indeciso. Aquel fué el momento más palpitante del drama. Luego el perro se levantó, se despe rezó y, desdeñando sin duda vengarse de una niña, salió tranquilamente de la estancia.

La princesa, dueña del campo de batalla, me dirigió una mirada indecible, saturada, embriagada de triunfo, y al verme pálida como un difunto, se sonrió. Poco después sin embargo se puso también ella sumamente pálida y á duras penas pudo llegar al sofá, donde cayó desmayada.

XII

Mi pasión por Katia había llegado ya á su colmo; pero desde el día que á causa de ella tuve un susto tan grande, di libre expansión á mi alma. Consumida por la tristeza, mil veces me asaltaron deseos de abrazarla, pero el temor me represaba, y huía de ella para que no fuese testigo de mi turbación.

Cierto día Katia entró á verme en mi mismísimo cuarto, y advirtiendo la traviesa niña mi trastorno, se turbó á la vez, pero no pasó de aquí.

En este estado pasó un mes, sin que ni una ni otra cruzásemos palabra, si bien descubrí que el obstinado silencio de la princesita no era hijo del olvido ó la indiferencia, sino una reserva voluntaria y bien definida. Con todo eso me era imposible conciliar el sueño, y aun la señora Leotard se dió cata de mi tristeza. Mi amor por Katia, sobremanera singular, tomaba ahora el carácter de una pasión ofendida.

Tan preocupada me tenían aquellos suce-

sos y aquella trasformación, que olvidé mi pasado para no pensar más que en mi afecto y en mi pesadumbre.

En ocasiones me levantaba á media noche, y á la tenue luz de la lamparilla, admiraba á Katia sumergida en el sueño. Levantándome de puntillas y alentándome poco á poco, depositaba, temblando, un beso en su linda mano ó en sus cabellos, y salía volando temerosa de que me sorprendiesen.

Katia se volvía cada vez más irritable y más voluble. Según qué días no pronunciaba ni una palabra, y al siguiente hablaba, como suele decirse, por los codos.

Algún tiempo después la princesita, que nunca había estado enferma, cogió una fiebre y la instalaron en el dormitorio de su madre. La cual sintió gran pesar por esta indisposición, y tengo para mí que me hizo responsable de las desdichadas mudanzas de su hija. A bien que hacía largo tiempo que tenía la intención de separarme de ella, y ya lo hubiera efectuado á no haber temido la oposición del príncipe, á las veces inquebrantable en sus resoluciones.

XIII

Afigióme en el alma hallarme completamente separada de mi princesita, y me devanaba los sesos para dar con la causa de su desdén.

Una mañana, la princesita vino á sorprenderme á la hora de la lección, y sé decir que nunca la había visto tan alegre y advertida.

Katia pasó el día entregada al holgorio y á las travesuras, pero al llegar la noche volvió á ponerse triste, y cuando su madre fué á visitarla durante la velada, se esforzó en vano en fingir una satisfacción que no sentía.

La princesa, á quien pusieron en zozobra aquellas repentinas mudanzas, nos hizo vigilar atentamente por la señora Leotard, pero únicamente yo comprendía lo que pasaba en Katia. Era el desenlace de nuestra novela, una reconciliación, á lo menos tal presumí. Y esto lo veía yo en mil menuden-

cias, y sin embargo no me atrevía á dar el primer paso.

Tres ó cuatro días después, un jueves, la señora Leotard nos hizo vestir para salir á paseo, lo que no habíamos efectuado de mucho tiempo á aquella parte.

Ahora bien, al bajar, ambas muy serias, por la escalera de la casa, Katia se me acercó de improviso, y, con voz más meliflua que de costumbre, me dijo:

—Lleva V. deslazada una botina. Deje V. que yo la ate.

Me agaché, encendida como una cereza y gozosa de que la princesita me hubiese por fin dirigido la palabra.

—Dame acá el pie, añadió Katia entre impaciente y risueña.

Y bajándose, me cogió el pie, lo apoyó en su rodilla y anudó los lazos de mi botina.

Tal era mi ahogo y tan violenta mi emoción, que no sabía qué iba á ser de mí.

La princesita, al levantarse, me miró de arriba abajo, y tocándome con su meñique la piel del cuello, exclamó:

—Llevas el cuello al aire, voy á abrigártelo.

Y sin que me opusiera, ¡qué había de oponerme yo! deslazó la seda que me servía de abrigo y la arregló á su guisa, mientras se sonreía maliciosamente, ponía en mí sus negros y húmedos ojos, y me decía:

—Con el cuello al aire podías pillar un constipado.

Yo estaba embriagada de gozo, y en aquel instante no sabía qué pasaba en mí ni en Katia. A Dios gracias, el paseo fué corto, donde no, la hubiera abrazado y cubierto de besos en medio de la calle.

Llegada la noche, Katia vióse obligada á bajar á las habitaciones inferiores, pues la princesa celebraba tertulia. Allí, de golpe y sin causa aparente, Katia se desmayó.

La casa entera se puso en conmoción, y el médico, por quien enviaron sin demora, dijo que no entendía jota, y atribuyó aquel accidente á algún malestar propio de la infancia, como en casos tales los médicos suelen hacerlo.

Pronto supe á qué atenerme sobre el particular.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Durante el día, Katia, impulsada por no sé qué capricho, se había subido á las habitaciones de su anciana tía, la cual solía negarse á recibirla, y aun la detestaba más que medianamente. Con todo, ahora consintió en verla, y contra su costumbre mostróse amable.

Al principio todo pasó á pedir de boca. Katia pidió perdón por sus faltas y misericordia por sus pecados, acusándose de su turbulencia, de su ligereza y del ruido que metía, con gravedad que conmovió á la anciana hasta arrancarle lágrimas. La anciana princesa, halagada en su corazón por el paso que acababa de dar su sobrina, ya se disponía á otorgar solemnemente su absolución, cuando al través de sus anteojos le pareció ver que la desenvuelta niña se burlaba de ella sin el menor empacho.

Katia había sido, en sus confesiones, tan sincera que declaró haber tenido la intención, pero sólo la intención, de esconder á Falstaff bajo la cama de su tía, y de jugar á ésta otras malas pasadas por el estilo.

La anciana se puso hecha un basilisco,

pero Katia se echó á reír y desapareció volando. Las cosas, empero, no acabaron así. Cinco minutos después la tía envió por la princesa, y por espacio de dos horas y con motivo de la última travesura de Katia, las dos mujeres tuvieron un altercado terrible.

XIV

No habiendo la anciana obtenido la satisfacción por ella exigida, decidió salir irremisiblemente de la casa al día siguiente. Velis nolis era pues indispensable desagraviar á la tía y prometerle que Katia sería severamente castigada tan pronto como su salud lo consentería.

La princesita no pudo soportar aquella ofensa y enfermó, como he dicho.

Al otro día la encontré en la escalera, después de comer, en el instante en que abría la puerta y llamaba á Falstaff, y comprendí que tramaba alguna terrible venganza á la cual quería asociar al alano, enemigo natural de la anciana princesa. Y

ahora será bueno decir que no sin razón detestaba el perro á la tía. Desde que ésta pasó á vivir en casa del príncipe, el can se había visto obligado á cederle el sitio y á no subir ni bajar por las escaleras que llevaban á los pisos superiores, lo cual fué para él una privación insufrible. Falstaff pasó toda la semana al pie de la escalera y arañando las puertas; pero la consigna era severa, y el perro se carcomía inútilmente.

No tardó el can en comprender quién era la causa de que lo hubiesen lanzado de su domicilio predilecto, y cierto domingo en que la anciana descendía la escalera para ir á misa, según solía, aquél se le echó encima, la derribó, y la habría despedazado á no llegar inmediato socorro.

La anciana se puso enferma de terror; no podía ella sola resistir á Katia y á Falstaff. Así pues presentó la dama su ultimátum: ó ella saldría de la casa, ó saldría el perro.

Para arreglar las cosas, nada menos hubo de intervenir el príncipe, que hizo comprender á su tía que no podía echar á la calle al salvador de su hijo. Con todo dió órdenes

formales para que la anciana princesa no hubiese de correr el albur de encontrar á su paso al perro.

XV

—¡Falstaff! ¡Falstaff! decía en voz baja Katia, llamando al perro en la escalera.

Acudió el alano al llamamiento, y al ver de par en par la puerta, se dispuso á pasar el Rubicón, pero se detuvo indeciso.

La acción era tan grave, tan inverosímil el llamamiento, que Falstaff no podía dar crédito á lo que pasaba. Ello no obstante, cruzó el umbral, pero con lentitud, cual bestia que reflexiona y sabe qué va á hacer.

Entretanto la princesita lo excitaba, le mostraba la escalera, lo incitaba...

No se necesitó más. Falstaff mostró los dientes, gruñó de cólera y se disparó como una saeta, derribando á su paso las sillas.

La señora Leotard vió al perro y clamó socorro, pero era ya demasiado tarde; el animal llegaba al cuarto de la anciana tía con la velocidad de una bala rasa.

Sin pérdida de tiempo un criado fué á enterar á la princesa, ahora no dispuesta á mostrarse benigna; pero ¿á quién castigar? La dama vió inmediatamente en lo ocurrido la mano de Katia, al poner en ella los ojos. Con efecto, la niña, comprendiendo entonces las terribles consecuencias que hubiera podido acarrear su travesura, estaba pálida y trémula de terror, y se preparaba á decir la verdad para evitar que recayesen sospechas en los criados, limpios de toda culpa en aquel caso.

—¿Eres tú la culpada? preguntó con severidad la princesa.

Yo, al ver la palidez de Katia, me avancé y dije con firmeza:

—La culpada soy yo, que he dejado pasar á Falstaff. Y desfalleciendo ante la iracunda mirada de la princesa, añadí: Ha sido por inadvertencia.

—Señora Leotard, castíguela V. de un modo ejemplar, dijo la princesa saliendo de la estancia.

Despavorida, miré á Katia; las manos le colgaban inertes á lo largo del cuerpo, y con

la palidez de la muerte en el rostro tenía inclinada la cabeza al pecho.

Para los hijos del príncipe, el castigo se reducía á encerrarlos en un aposento sin mueble alguno, y, en verdad, pasar dos horas en un cuarto vacío nada tenía de cruel, pero cuando á uno lo encerraban á viva fuerza, el castigo no dejaba de ser penoso.

Katia y su hermano solían pasar dos horas encerrados; á mí, atendida la enormidad de mi crimen, me condenaron á cuatro horas de reclusión. Palpitante de dicha entré en mi calabozo.—Pensaba en mi princesita; sabía que la había vencido.

Ahora bien, en vez de cuatro horas pasé encerrada hasta las cuatro de la madrugada, por la razón que ahora diré: á las dos horas de mi encierro, la señora Leotard, sabedora de que su hija, llegada de Moscou, estaba enferma y deseaba verla, salió sin acordarse de mí. La criada que nos servía, supuso probablemente que me habían puesto en libertad, y Katia, llamada abajo, vióse obligada á quedarse al lado de su madre hasta las once de la noche. La criada la

desnudo y la acostó, y á la princesita le asistían razones para no informarse de mí. Katia se acostó pues, sabiendo que yo estaba encerrada por cuatro horas, y dióse á entender que la sirvienta no tardaría en acompañarme á la cama; pero Nastia me olvidó completamente, cuanto más que yo solía desnudarme sola, por manera que pasé la noche arrestada.

XVI

A las cuatro de la madrugada llamaron á la puerta de mi calabozo, donde me había dormido echada en el suelo, y al despertarme el ruido de la llegada, dí un chillido de sorpresa, pero al punto conocí la voz de Katia, que dominaba las demás, luego la de la señora Leotard, la de Nastia, y por último la del ama de llaves. Abierta la puerta, la señora Leotard me abrazó llorando y me pidió perdón por haberme olvidado. Yo correspondí á sus abrazos, llorando también, aterida de frío y doliéndome los hue-

sos á causa de la incómoda posición que guardado había al dormir sobre las baldosas.

Busqué con los ojos á Katia; pero se había vuelto presurosa á nuestro dormitorio y metido en la cama, y al entrar yo, estaba ya dormida ó fingía dormir. Como quiera que sea, se había amodorrado á pesar suyo y no se despertó hasta las cuatro de la madrugada.

La princesita, al notar que yo no había regresado, despertó á la señora Leotard, que acababa de recogerse, á nuestra criada y á toda la servidumbre de la casa, diciéndoles no haber yo regresado.

Así es como me pusieron en libertad.

Por la mañana todos los habitantes se enteraron de lo que me había pasado, y la princesa, al saberlo, se quejó de la excesiva severidad con que me trataran. En cuanto al príncipe, se puso irritadísimo, y dijo á la señora Leotard:

—Pero señora, ¿porqué se porta V. de esta manera con esa pobre niña? Eso es bárbaro, cruel, inhumano. ¡Cómo! ¡dejar

encerrada toda una noche, en un lóbrego cuarto, á una niña enferma, endeble, imaginativa, miedosa y aprensiva! Eso es querer matarla. Pero ¿V. no sabe quién es Netotchka? ¡Eso es bárbaro, inhumano, señoral! ¿Cómo puede un sér humano castigar con tanta dureza? ¿Quién ha inventado ese castigo?

La pobre señora Leotard explicó, llorando, lo ocurrido, y dijo haberse olvidado de mí á causa de la llegada de su hija, que el castigo en sí era muy saludable, y que J. J. Rousseau aconseja algo por el estilo.

—¡Señoral! exclamó el príncipe, Rousseau no podía recomendar tales aberraciones; sobre que Rousseau no es autoridad, ni tenía derecho para hablar de educación, y repelió á sus propios hijos. ¡Valiente personaje el tal Rousseau, señoral! Era un malvado.

—¿Rousseau un malvado? exclamó la señora Leotard. ¡Príncipe! ¡príncipe! ¿ya sabe usted lo que dice?

Era la señora Leotard mujer de punto que difícilmente se incomodaba; pero tocar

á sus creencias, alterar las clásicas figuras de Corneille ó de Racine, ofender á Voltaire, tratar de malvado á J. J. Rousseau, calificarlo de bárbaro, era más que suficiente para arrancarle lágrimas, y las vertió temblando de indignación.

—V. no pára mientes en sus palabras, exclamó, fuera de sí, la señora Leotard.

El príncipe, enmendándose al punto, se excusó; luego se llegó á mí, me dió un beso, hizo sobre mi cuerpo la señal de la cruz, y salió de la estancia.

—¡Pobre príncipe! exclamó la señora Leotard enternecida.

Dichas estas palabras, empezamos la lección. La princesita estudiaba distraídamente, y antes de comer se me acercó risueña, me cogió por los hombros y me dijo con vivacidad y como para velar su vergüenza:

—¿No has padecido por mí? Pues bien, en comiendo nos iremos á jugar al salón.

En aquel instante pasó junto á nosotras un criado, y la princesita se alejó. Al anochecer, descendimos ambas, asidas de la mano, al salón. Katia, conmovidísima, res-

piraba apenas. En cuanto á mí, estaba satisfecha y alegre como nunca hasta entonces.

—¿Quieres jugar á pelota? me preguntó. Quédate aquí.

La princesita me colocó en un rincón de la sala; pero en vez de alejarse para arrojarme la pelota, se detuvo á tres pasos, me miró, y, ruborizada, cayó en la otomana tapándose el rostro con las manos.

Al ver á Katia en tal estado, me avancé un paso hacia ella, que dándose á entender que me disponía á salir de la sala, exclamó:

—No te vayas, Netotchka; quédate á mi lado. No es nada.

Y levantándose con presteza, la princesita me abrazó. La pobre tenía húmedas las mejillas, hinchados como cerezas los labios, y los rizos de sus cabellos ondulaban en desorden.

Katia me besaba frenéticamente las mejillas y los ojos, los labios, el cuello y las manos, y nos estrechábamos una á otra cariñosa y gozosamente, como amigas ó enamorados al verse tras larga ausencia.

A Katia le palpataba de tal suerte el corazón, que se oían claramente sus latidos.

En esto y en nombre de la princesa llamaron á Katia desde la pieza contigua.

—Adiós, Netotchka, hasta la noche. Sube y espérame, me dijo la princesita, besándome silenciosamente por última vez y acudiendo presurosa al llamamiento de Nastia.

XVII

Entré de nuevo en mi cuarto, resucitada, y dejándome caer en la otomana, escondí la cabeza en los almohadones y lloré de felicidad. El corazón parecía querer saltarme del pecho, y no sé cómo pude llegar hasta la noche sin morirme.

A las once me acosté, y hasta media noche no se recogió Katia.

La cual me saludó de lejos, sin decir palabra. Luego, volviéndose hacia Nastia, que la desnudaba lentamente, como de intento, susurró:

—¡Aprisal ¡aprisal

Alma infantil